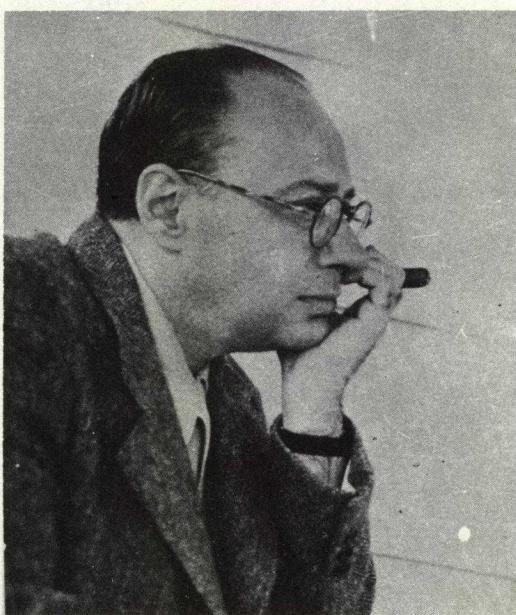


Freud



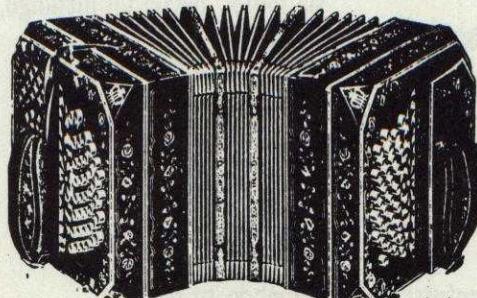
Gardel



Bergler

---

# EL TANGO Y EL PSICOANALISIS



Fredo Arias de la Canal

Freud fue un hombre que, como tantos millones de hombres, sufrió de una serie de problemas y de compulsiones que nunca se pudo explicar; pero que a diferencia de otras personas, hizo todo cuanto estuvo a su alcance por escudriñar en los recónditos parajes de su mente, y para esto se valió de algunas herramientas que tuvo que idear él mismo, como fueron: el análisis de los sueños, las memorias infantiles y los métodos de relación de ideas. En alguna ocasión le expresó a su confidente Fliess, que para llevar adelante semejante empresa no tenía consigo otra cosa que su convicción personal.

El autoanálisis que se impuso Segismundo fue una tarea improba, efectuada durante la crisis más dura que padeció en toda su vida, con la memoria todavía fresca de la muerte de su padre, perdida que según dijo "es lo más terrible que le puede suceder a un ser humano"; con el eco de las burlas y críticas de su gremio, con la total incomprendión e intolerancia de su sociedad, y con el peso de una penitencia mental —que estaba expiendo con su neurosis cardíaca, depresión, ansiedad, y deseos suicidas— debida a la insoportable tiranía moral que soportaba.

Fue entonces cuando comenzó a interpretar sus sueños como una medida para ir conociendo los intrincados engranajes de la mecánica mental; para ir resolviendo los problemas que tan cruelmente lo aquejaban, y, sobre todo, para darse la confianza en sí que requiere toda sublimación. De esta interpretación onírica surgió su célebre teoría de que los sueños son una realización simbólica de un deseo sexual inconsciente, reprimido en la infancia. Más tarde Bergler habría de descubrir que "la realización simbólica" era una defensa contra el "deseo sexual inconsciente, reprimido en la infancia". Y este deseo reprimido o frustrado en la infancia, no es otra cosa que la conversión de dicho deseo en un placer masoquista inconsciente. Si, por ejemplo, un niño sufre el temor de ser abandonado, esto se le convierte en el placer inconsciente de ser abandonado. Es una ley humana

y orgánica de la naturaleza, la de que todo aquello que se reprime se convierte en un hábito. ¿Cómo se educa a los niños, si no es con represiones y ejemplos?

Las defensas esgrimidas durante el sueño son de carácter simbólico, al igual que las que se sustentan durante los sueños de día o en momentos de inspiración o de éxtasis. Así, pues, el poeta está poseído si es una rapsoda, o está inspirado si es un creador, pero de ninguna manera puede el poeta crear si no se deja arrastrar, como las bacantes, por los ríos de leche y miel, que dijera Sócrates.

En realidad, los poetas no hacen otra cosa que defendese simbólicamente contra una adaptación inconsciente e inherente de todo poeta, adaptación que tiene que ver con el rechazo, la muerte y el hambre. El poeta se da a sí mismo amor en forma de bellas palabras y rimas, para demostrar que él se puede alimentar espiritualmente sin necesidad de nadie; pero irremisiblemente sus cantos denunciarán su origen.

El tango argentino no es una excepción a esta regla; en él se pueden descubrir los secretos deseos del autor, y por ende también los de todo aquel que lo escucha con sentimiento. Analizar los simbolismos del tango, sería tanto como hacerlo con el alma argentina, y hasta cierto grado con el alma hispánica, pues no conozco a nadie que no goce de un tango que lo haga sufrir, o que no sufra con un tango que lo haga gozar. Analicemos algunos tangos que demuestran que el bandoneón tiene las mismas letras de "no abandone". **El deseo inconsciente de ser abandonado** lo encontramos en casi todas las canciones del mundo. En la canción mexicana del abandonado, escuchamos:

Qué voy a hacer,  
si yo soy el abandonado.

Veamos qué nos dice el dominicano Bazil en **Pequeño nocturno**:

Ella, la que me ha dado más ensueños  
y más noches amargas,  
se aleja dulcemente  
como una vela blanca.

Oigamos al cubano José Angel Buesa en **Poema de despedida**:

Me queda tu sonrisa dormida en mi recuerdo  
y el corazón me dice que no te olvidaré;  
pero, al quedarme solo, sabiendo que te pierdo  
tal vez empiezo a amarte como jamás te amé.

Observemos el siguiente tango de Pascual Contursi:

Bandoneón arrabalero,  
viejo fuelle desinflado,  
te encontré como un pebete  
que la madre abandonó.

**En cada vez que me recuerdas**, de José Ma. Contursi:

Como un fantasma gris llegó el hastío  
hasta tu corazón, que aún era mío...  
y poco a poco te fue envolviendo  
y poco a poco te fuiste yendo

**El último café**, de Cátulo Castillo:

Recuerdo tu desdén.  
Te evoco sin razón.  
Te escucho, sin que estés.  
"Lo nuestro terminó",  
dijiste en un adiós  
de azúcar y de hiel...

**El pañuelito**, de Coria Peñaloza:

La tarde estaba triste  
cuando te vi  
y cuando de tu boca  
temblando oí  
que no me amabas  
y que te alejabas  
por siempre de mí.

**Frente al mar**, de Taboada:

Sólo sé que te vas  
y que el viento en tu nombre  
parece gritar: ¡Nunca más!

**En El adiós**, de Pacheco Huergo:

En la tarde que en sombras se moría,  
buenamente nos dimos el adiós;  
mi tristeza profunda no veías  
y al marcharte sonreímos los dos.  
Y la desolación, mirándote partir  
quebraba de emoción mi pobre voz...

**En Caminito**, de Peñaloza:

Desde que se fue,  
triste vivo yo.  
Caminito amigo,  
yo también me voy.

**En Esta noche me emborracho**, de Discépolo:

Que quedé sin un amigo,  
que viví de mala fe,  
que me tuvo de rodillas  
sin moral, hecho un mendigo,  
cuando se fue.

**En Garúa**, de Cadícamo:

Sólo y triste por la acera  
va este corazón transido  
con tristeza de tapera.  
Sintiendo tu hielo  
porque aquella con su olvido  
hoy le ha abierto una gotera.

**En Si dejaras de quererme**, de Laguna, se goza en la  
posibilidad de ser abandonado:

...te aseguro, vida mía,  
que de pena moriría.  
Pero no, no puede ser;  
es muy grande tu querer  
y no quiero ni pensar  
que me puedas olvidar.

**En Jamás lo vas a saber**, de Aznar:

No voy andar dando pena,  
desesperado y vencido;  
después de haberte perdido  
nunca sabrás si tu olvido  
dejó ternura o rencor.

**En Nada**, de Sanguinetti:

He llegado hasta tu casa...  
¡Yo no sé como he podido!  
Si me han dicho que no estás  
que ya nunca volverás...

**En La vi llegar**, de Centeya, notamos: "No es verdad  
que desee ser abandonado, al contrario, la vi llegar":

Y en la desesperanza tan cruel como ninguna,  
la vi partir  
sin la palabra del adiós.  
La vi llegar.  
¡Murmullo de su paso leve!  
La vi llegar.  
La vi llegar  
y en la distancia se perdió.



En **Mi noche triste**, de Pascual Contursi, proseguimos con el “no gozo en el abandono, sino sufro”:

Percanta que me amuraste  
en lo mejor de mi vida,  
dejándome el alma herida  
y espinas en el corazón.

“No deseo que me abandones”, **Quiero verte una vez más**, de José Ma. Contursi:

Quiero verte una vez más  
aunque me digas  
que ya todo terminó  
y que es inútil remover  
las cenizas de un amor.

“No deseo que me abandones”, **estoy Rondando tu esquina**, de Cadícamo:

Esta noche tengo ganas de buscarla,  
de borrar lo que ha pasado y perdonarla.  
Ya no importa qué dirán,  
ni de las cosas que hablarán;  
total, la gente siempre habla.  
Yo no pienso más que en ella a toda hora,  
es terrible esta pasión devoradora.  
Y ella siempre sin saber,  
sin siquiera sospechar,  
mis deseos de volver.

En **Nostalgias**, de Cadícamo:

Angustia,  
de sentirme abandonado  
y pensar que otro a su lado  
pronto... pronto le hablará de amor...

Ante el reproche de que goza en la pasividad, el rechazo y el abandono, se defiende:

¡Hermano!,  
yo no quiero rebajarme  
ni pedirle, ni llorarle  
ni decirle que no puedo más vivir...

En **¡Qué falta me hacés!**, de Silva:

No estás.  
Te busco y ya no estás.  
Espina de la espera  
que lastima más y más...

Luego se producen el reproche y la defensa:

¡Qué ganas de encontrarte,  
después de tantas noches!

En **Tomo y obligo**, de Romero, es clara la defensa de que no goza en el abandono, sino sufre:

Beba conmigo, y si se empaña  
de vez en cuando mi voz al cantar  
no es que la llore porque me engaña

...

En **Pa que bailen los muchachos**, de Cadícamo:

Entre el lento ir y venir  
del tango va  
la frase dulce  
y ella baila en otros brazos  
prendida,  
rendida  
por otro amor...

...  
No te quejes bandoneón  
que le duele el corazón.  
Quien por celos va sufriendo,  
su cariño va diciendo.

...  
Ella fue como una madre,  
ella fue mi gran cariño...  
nos abrimos y no sabe  
que hoy la lloro como un niño...

En **Cobardía**, de Amadori, se acepta el deseo inconsciente de ser engañada-abandonada:

No sé que daño he hecho yo para merecer  
esta cadena inaguantable de dolor,  
que cuando no te beso no puedo respirar  
y siento que me ahogan tus labios al besar;  
de sufrir tanto perdí la dignidad  
y no me importa saber que me engañas.

Acto seguido se esgrime la defensa: No es que yo goce con tu abandono, al contrario:

¿No ves que necesito de vos? Te quiero ver, háblame como siempre. Decí que me querés.

En **¡Quién hubiera dicho!**, de Amadori, se observa claramente el placer inconsciente de ser abandonado:  
Qué cosas hermano, que tiene la vida,  
yo ni la quería cuando la encontré,  
hasta que una noche me dijo resuelta:  
“Ya estoy muy cansada de todo”, y se fue.  
¡Qué cosas hermano, que tiene la vida,  
desde ese momento la empecé a querer!

En **Victoria**, de Discépolo, se dice: “Yo no deseo ser abandonado, mirad que risa me da”:

¡Cantemos victoria!  
Yo estoy en la gloria  
¡Se fue mi mujer!

“No deseo que me abandones”, **Te odio**, de Flores:

Te odio maldita,  
te odio como antes te adoré.

Luego se produce un fenómeno de identificación con la imagen materna cruel, que tuvo:

¡Es tanto lo que te odio  
que al verte sufrir me vengaré!...

También se produce una identificación masoquista con su propia madre:

Sí, yo por tu cariño dejé a mi madre  
enferma, solita, sin techo y sin pan.

En **Sentimiento Gaucho**, de Caruso, se observa primero la identificación masoquista del narrador con el infeliz:

En un viejo almacén del Paseo Colón,  
donde van los que tienen perdida la fe,  
todo sucio, harapiento, una tarde encontré  
a un borracho sentado en oscuro rincón,  
al mirarlo sentí una profunda emoción...

Entonces le confiesa el desdichado su defensa de que el deseo de abandono es normal:

Sabe que es condición de varón el sufrir,  
la mujer que yo quería con todo mi corazón  
se me ha ido con un hombre que la supo seducir

Luego acepta su propio gozo masoquista:

Pero inútil: no puedo, aunque quiera, olvidar  
el recuerdo de la que fue mi único amor,  
para ella he de ser como el trébol de olor  
que perfuma al que la vida le va a arrancar.

Observemos en **Amargura**, de Le Pera:

Me persigue implacable  
su boca que reía,  
acecha mis insomnios  
ese recuerdo cruel;  
mis propios ojos vieron  
cómo ella le ofrecía  
el beso de sus labios  
rojos como un clavel.

En **La copa del olvido**, de Vacarezza:

¡Mozo! Traiga otra copa,  
que anoche, juntos los vi a los dos.

Suscita entonces la defensa contra el reproche de que goza en el abandono:

quiso vengarme, matarla quise,

Sobreviene el segundo reproche de su conciencia de que es agresivo, y de que no debe matar (yó-ideal):

Pero un impulso me serenó.

Otro fenómeno es el siguiente: "Yo no deseo verme abandonado y muerto, al contrario, yo mato al verme abandonado". Oigamos **La Gayola** de Tuegols-Tagini:

Pero me jugaste sucio... y, sediento de venganza,  
mi cuchillo, en un mal rato, envainé en un corazón...

Se acepta entonces la agresividad y se interna causando autolástima:

Hoy ya no me queda nada: ni un refugio... ¡Estoy tan (pobre)!

Solamente vine a verte para dejarte mi perdón...

Te lo juro: estoy contento que la dicha a vos te sobre...

Hemos visto unos cuantos ejemplos de la defensa: "No es verdad que goce en el abandono, mirad como sufro". Ahora, veremos otra defensa: "No deseo ser abandonado, yo soy el que provoca el abandono".

**Copas, amigas y besos**, de Cadícamo:

Mas un día llegó la riqueza  
y cambió nuestras vidas. Por eso  
entre copas, amigas y besos  
la perdí por mi mala cabeza.

Luego viene el reproche: "Cómo pudiste provocar su abandono".

Y hoy la llevo en mi negro lunatismo  
como grotesco fantasma de mí mismo

...  
como un eco que me sigue,  
como un sueño hecho cenizas,  
como un cargo de conciencia,  
como un dedo acusador.

Por último, surge el gozo masoquista en la autocompasión:

Sin embargo, hoy que tengo riquezas  
me persigue implacable el hastío  
y es que añoro esas noches de frío  
y el amor de su grata tibieza.

Otra defensa, es simplemente: "Yo no deseo que me abandones, yo te abandono a tí". Veamos:

**En esta tarde gris**, de Contursi:

Remordimiento de saber  
que por mi culpa, nunca,  
vida... nunca te veré!

Luego ocurre un fenómeno de identificación masoquista con la mujer abandonada, al recordar sus ruegos:

¡Ven!  
triste me decías...

que en esta soledad  
no puede más el alma mía...  
Ven...  
Y apiádate de mi dolor.

Por último acontece el gozo en la queja:

No supe comprender tu desesperación  
y alegre me alejé en alas de otro amor...  
¡qué solo y triste me encontré  
cuando me vi tan lejos  
y mi engaño comprobé!

Veamos otro ejemplo en **Gricel**, de Contursi:

Tu ilusión fue de cristal,  
se rompió cuando partí,  
pues nunca... nunca más volví.  
¡Qué amarga fue tu pena!

¿Qué será, Gricel, de mí?  
¡Se cumplió la ley de Dios  
porque sus culpas ya pagó  
quien te hizo tanto daño!

Notemos el mismo fenómeno en **Tu pie!** de jazmín, del mismo autor:

Me fui, matando tus sueños,  
y todo quedó vacío.  
¡Te acuerdas?... Tan sólo mío.  
Y hoy que no puedo regresar  
tu llanto sigue junto a mí como un castigo.  
Me fui matando tus sueños  
y sigo sin poder olvidar.

Estoy pagando mi culpa  
¡borracho..., sin razón..., perdido...  
Ya no tendré lo que he tenido...  
ya nunca... yo sé que nunca...

Sigamos analizando la misma defensa en **Patotero sentimental**, de Romero y de Joves:

Cuando tomo dos copas de más  
en mi pecho comienza a surgir  
el recuerdo de aquella fiel mujer  
que me quiso de verdad  
y yo ingrato abandoné.

Observemos este rasgo de autolástima:

¡Pobrecita!  
¡Cómo lloraba  
cuando, ciego...  
la eché a rodar!

En **Justo el 31**, de Discépolo y de Rada, se observan claramente el reproche y la defensa:



J.C. Castagnino

Ella que pensaba  
amurarme el uno,  
justo y treinta y uno  
yo la madrugué...

En *La abandoné y no sabía*, de José Canet:

La abandoné y no sabía  
de que la estaba queriendo,  
y desde que ella se fue, siento truncada mi fe  
que va muriendo, muriendo...

En *Ya te arrepentirás*, de Jiménez:

Por más que otros labios besaron los míos,  
por más que otros brazos me dieron su amor,  
ni besos ni abrazos borrarán el frío  
dolor de tu ausencia que el tiempo dejó.  
Yo soy como una ave que marcha perdida,  
destino andariego que quiere olvidar,  
desde aquella noche de la despedida  
cuando me dijiste... te arrepentirás.

No podemos dejar a un lado aquel tango de Ivo Pelay,  
mezcla de abandono y melancolía:

¡Adiós, pampa mía!...  
Me voy... Me voy a tierras extrañas.

Y aquel otro de Le Pera, que empieza:  
Mi Buenos Aires querido  
cuando yo te vuelva a ver,  
no habrá más pena ni olvido.

**EL DESEO INCONSCIENTE DE MORIR**, es otra de las adaptaciones humanas dignas de estudio.

El hombre es una de las pocas criaturas de la naturaleza que si es abandonada por los mayores, perece. ¿Habrá algo más indefenso que un niño hasta los cinco años? ¿Podremos comprender cabalmente la pasividad absoluta por la que atraviesa el ser humano durante su niñez?

Pues bien, si durante ese terrible período de pasividad, el niño sufre el temor de ser abandonado, fácil es que también crea que puede morirse. De estos temores infantiles nacen las adaptaciones masoquistas, las que serán responsables de la conducta básica del individuo por el resto de sus días. No es nada raro, entonces, que en las canciones y en los poemas se asocien el abandono y la muerte.

Veamos *Ensueño*, del dominicano Valentín Giro:

Escucha, encantadora fugitiva...  
que interpretar mi corazón no quieras:  
tu palidez mortal me tiene enfermo  
y presiento, al mirarte, que te mueres.

El Félix americano, Juana Inés, nos demuestra la relación de abandono y muerte en *Divino dueño mío*:

¡Ay, dura ley de ausencia!,  
¿quién podrá derogarte,  
si adonde yo no quiero  
me llevas, sin llevarme,  
con alma muerto, vivo cadáver?



Borges también presiente esta relación en su poema *Ausencia*:

¿En qué hondonada esconderé mi alma  
para que no vea tu ausencia  
que como un sol terrible, sin ocaso,  
brilla definitiva y despiadada?  
Tu ausencia me rodea  
como la cuerda a la garganta,  
el mar al que se hunde.

Observemos las huellas tanáticas de *Cicatrices*, de Maroni:

La quería inmensamente,  
pero ella fue perjura  
y llenó de honda amargura  
y de pena mi ilusión.  
Es por eso que ahora vivo  
siempre a golpes con la suerte  
y sólo quiero la muerte  
para mi angustiado y pobre corazón.

Volvamos a *Quiero verte una vez más*, de Contursi:

Quiero verte una vez más,  
¡estoy tan triste!,  
y no puedo recordar  
por qué te fuiste...  
Quiero verte una vez más  
y en mi agonía  
un alivio sentiré  
y olvidado en mi rincón  
más tranquilo moriré.

### En Rencor, de Amadori:

Rencor, mi viejo rencor,  
no quiero sufrir  
esta pena sin fin;  
si ya que has muerto una vez  
¿por qué llevaré  
la muerte en mi ser?;  
ya sé que no tiene perdón,  
ya sé que fue vil  
y que fue cruel su traición...

### En Sombras... ¡nada más!, de Contursi:

Quisiera abrir lentamente mis venas...  
Mi sangre toda verterla a tus pies...  
Para poderte demostrar  
que más no puedo amar  
y entonces... morir después  
...  
Qué breve fue tu presencia en mi hastío...

### En Te llaman Malevo, de Expósito y de Troilo:

Por ella, tan sólo por ella  
dejaste una huella de amargo rencor.  
Malevo, qué triste, jugaste y perdiste  
tan sólo por ella que nunca volvió.  
Dicen que dicen que una noche zurda  
con el cuchillo deshojó la espera  
y entonces solo como flor de orilla,  
largo el cansancio y se mató por ella.

### En Toda mi vida, de Contursi:

Hoy, después de tanto tiempo  
de no verte... de no hablarte  
ya cansado de buscarte  
¡siempre!... ¡siempre!  
siento que me voy muriendo.

Es tan poco lo que falta  
para irme con la muerte...  
ya mis ojos no han de verte  
nunca... ¡nunca!

### En Qué solo estoy, de Miró:

Si al sentir que te perdía  
si al saber que te quería  
...cómo te dejé partir...

...  
y las voces que te nombran  
te unirán a mi destino  
anudando mis angustias,  
hasta el día de morir.

**LA IDENTIFICACION MASOQUISTA** es uno de los más extraños fenómenos que acontecen en la mente humana. En la psique neurótica las identificaciones suelen ser radicales, pues la persona se identifica ya, bien con el bebé indefenso y maltratado, o por el contrario, con la madre cruel que fue la suya. Así, pues, en el neurótico se observa una conducta ambivalente que lo puede llevar a ser un criminal sádico o un sensiblero al que le duela hasta el derribo de un árbol. Recordemos alguna de las identificaciones piadosas de Juana Inés, hacia el bebé de la Virreina de Paredes:

¡Cuántas veces ha pedido  
de lo débil de un cabello,  
de vuestra vida, mi vida,  
de vuestro aliento mi aliento?  
¡Qué achaque habéis padecido,  
que no sonase, aun primero  
que en vuestra salud el golpe,  
en mi corazón el eco?

Me viene a la mente aquel verso del mejicano Urbina:

¡Pobre galleguito, rubio y candoroso,  
que a América vino sin ir a la escuela!  
Tiene torpes andares de oso  
y apacible mirar de gacela.

En **Martin Fierro** hay abundancia de diversos y variados ejemplos; veamos este:

Los pobrecitos muchachos  
entre tantas aflicciones  
se conchabaron de piones;  
más ¡qué iban a trabajar,  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!

Por ahí andarán sufriendo  
de nuestra suerte el rigor.  
Me han contado que el mayor  
nunca dejaba a su hermano.  
Puede ser que algún cristiano  
los recoja por favor.

Como hijitos de la cuna  
andarán por ahí, sin madre;  
ya se quedaron sin padre,  
y así la suerte los deja  
sin naiden que los proteja  
y sin perro que los ladre.  
Los pobrecitos tal vez  
no tengan ande abrigarse,  
ni ramada ande ganarse,  
ni un rincón ande meterse,  
ni camisa que ponerse,  
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir  
sin tenerles compasión.